

CRISTIANDAD



60 RAZON DE ESTE NUMERO

costas de Italia . . . El Gobierno de España no puede imaginar que en ningún caso sean atacados los buques españoles que custodien a Su Santidad, pero si contra toda probabilidad este conflicto llegara a verificarse, el Gobierno de S. M. se lisonjea de que sabrán repeler la fuerza con la fuerza, y que la conducta será digna de militares españoles».

¿Con ocasión de qué acontecimiento pudieron ser pronunciadas tan nobles y tan arrogantes palabras?

Precisamente hemos dedicado algún número de CRISTIANDAD a tratar de las repercusiones que aquel movimiento revolucionario tuvo en Italia.

El oleaje subversivo llegó incluso a comprometer la seguridad personal del Papa Pío IX que tuvo que huir de Roma.

Por iniciativa de España se convocó en Gaeta una conferencia de naciones católicas y desinteresadamente intervino, para ayudar al Romano Pontífice, una expedición española al mando del General Don Fernando Fernández de Córdoba.

Dedicamos el presente número —dentro de nuestro plan para el año actual— a tratar de esta expedición y de los sucesos que alrededor de ella se produjeron, acontecimientos que guardan estrecha relación con el Pontificado y con la figura de Pío IX, centro de aquel plan.

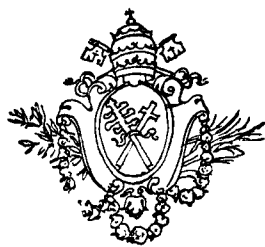
El **Editorial** se titula **La última intervención armada de España en defensa de la fe católica.**

Siguen a continuación los artículos:

Sorprendente iniciativa de España en 1848, por Juan Manuel Montobbio Jover (págs. 326 y 327); **Expedición francesa a Roma.—Fines aparentes y reales**, por María Asunción López (págs. 328 a 330); **España en el Congreso de Gaeta**, por Domingo Sanmartí Font (págs. 331 y 332); **Una victoria incruenta de las armas españolas**, por el General Bermúdez de Castro (págs. 333 a 337); **Dudosa actitud del Piemonte**, por Fernando Serrano y Missas (págs. 338 y 339).

Cierra el número el acostumbrado **Noticiero quincenal.**

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday.





RESERVADO N.º 001260

Anuncie Ud. en

“Cristiandad”

HOTEL COMPOSTELA

SANTIAGO



100 habitaciones

80 cuartos de baño

El mejor Hotel del Noroeste de España
El más barato de España entre los de su categoría

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 48'00 ptas.

Semestral 24'00 »

Número ordinario: 2'50 ptas.

CRISTIANDAD

NÚMERO 60 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22446

BARCELONA

15 Septiembre de 1946

Cruz, 1.º - Teléfono 25876

MADRID

La última intervención armada de España en defensa de la Fe Católica

¡Qué tiempos aquellos!

Se trataba de Gobiernos ampliamente mediatizados por las ideas liberales, en los que estaba bien arraigada la idea de separación entre la Iglesia y el Estado y en los que aún era de apreciar el rastro de las normas desamortizadoras de principios del siglo pasado.

Mas, sin embargo, ¡qué actitud tan digna, tan española y tan valiente la que se trasluce a través de las instrucciones al Jefe de la división naval que había de partir entonces para Gaeta!

"La seguridad de la sagrada persona del Papa es el principal objeto que ha tenido presente el Gobierno de S. M. al enviar estas fuerzas a las costas de Italia... El Gobierno de España no puede imaginar, que en ningún caso, sean atacados los buques españoles que custodien a Su Santidad; pero si, contra toda probabilidad, este conflicto llegara a verificarse, el Gobierno de S. M. se lisonjea de que sabrán repeler la fuerza con la fuerza, y que la conducta será digna de militares españoles."

La España que siglos antes dominara al mundo, la que fuera tenida como indiscutida principal potencia, la que con sus armas luchara en casi todos los confines de Europa en defensa de la fe católica y que con su presencia imprescindible colaborara en la resolución de los conflictos, en ese año de gracia de 1848 efectuó su postrer intervención armada fuera de sus dominios.

Las fuerzas españolas se hacen a la mar, y llegan a país extranjero, y desembarcan, y efectúan una audaz operación que deja atónitos y maravillados a amigos y enemigos, renovando una vez más su gloria y su prestigio. Y todo ello no se hace por conquistar nuevas tierras, por sojuzgar otros pueblos ni por adquirir más dominios; la España que conquistara continentes, en esa postrera salida, lo hace sólo para defender a aquél que simboliza la razón constante de la mayoría de sus anteriores luchas, al Jefe de la Iglesia católica.

En el agonizante fenecer de su poderío, en el siglo anterior, España con ese broche final se manifiesta siempre la misma. Cuando en el auge de su poder conquistara tierras lo hizo con ánimo de extender en ellas la fe, como bien claramente lo patentizaron los Reyes católicos y sus sucesores; cuando hubo de encontrarse en armadas controversias no fué por ansias de influencia, sino por deseos de protección al dogma católico. También en esta última intervención de las fuerzas españolas al campo internacional se aprecia lo mismo: ideal, desinterés y esforzado ánimo de defender lo que representa la vida de nuestra alma. Cosa que, por contraste, destaca más en relación a cuanto podría decirse de la actitud de otras potencias.

Un siglo atrás aun se reaccionaba así; aun cuando gravemente entorpecido por las disolventes ideas liberales, el espíritu todavía conservaba la virtud de la reacción, era capaz de sentir la necesidad de la defensa, y de traducir ésta en actos.

Al cabo de ese tiempo, tras de la constante influencia de esos deletéreos principios, ¿podría pensarse lo mismo de hoy día?; ¿se producirían en nuestros tiempos idénticas reacciones?; ¿sentiría el alma española la ofensa al romano Pontífice como cosa propia?



Sorprendente iniciativa de España en 1848

Algún día no dejará de reconocerse la sorpresa de un raro fenómeno que de forma casi privada y esporádica engendraba el alma española para no quedar del todo ausente en los marasmos públicos de la Europa de los dos últimos siglos: el fenómeno de las expediciones divisionarias. Una expedición militar, pequeña o grande, pudo ser concebida y ejecutada por cualquier Cancillería sin que de momento se percibiera su objetivo inmediato. Tal ocurrió con la expedición piemontesa enviada a la guerra de Crimea, por ejemplo. Pero la sorpresa que sus apariciones hubieran podido causar a la larga disipábanse. La sorpresa permanente ha corrido siempre a cargo de España que, como en otras cosas, ha sido la única que en este curioso aspecto se ha conducido muy curiosamente también.

Hoy se comparan todos los hechos de la Historia moderna y el ir trazando paralelos amenaza constituir una especie de vicio incurable. De tal forma, que casi puede establecerse que los que en circunstancias excepcionales y de trascendencia más o menos previsible vienen rigiendo los destinos de los países no pueden resistir a la tentación de ir siguiendo con el posible disimulo el seductor precedente. Así, por lo menos, aunque los resultados no lleguen a ser los mismos, quedan motivos suficientes para despertar el entusiasmo de un estudioso fervor de las coincidencias, que además reportan la ventaja de prestar cierto carácter a los acontecimientos.

Estas breves líneas no pueden ser un estudio de la fisonomía comparada de las expediciones españolas. Tal vez tendríamos que lamentarlo por que resultaría ciertamente ameno adentrarse en la gestación, vicisitudes y significado de alguna de estas expediciones españolas: la del Marqués de la Romana, la que va a ocuparnos ahora unos momentos y otras entre las que —¿a qué negarlo?— se cuenta una recentísima y con características peculiares de las demás. Entre estas características queremos hacer resaltar como más oportunas para nuestro relato: idealismo genuino en su inspiración, notable falta de una congruente previsión acerca del encaje de la acción española entre los encontrados intereses internacionales en torno a la cuestión base del conflicto y desaprovechamiento aun más absoluto de todo el beneficio y del prestigio que pudo haber reportado a España su activo interés. Todos estos reproches al pasado quedan ofuscados por algo perdurable: los brillantes comportamientos de los expedicionarios. Los expedicionarios que entre las fuerzas operantes representaban una partícula, dieron el tono de una grandeza desconcertante por su actuación privada y personal. La personalidad del español, cuyos matices quedan más en evidencia cuando se halla en el extranjero, parece lograr una superación en la muestra de sus cosas propias cuando viste un uniforme en campaña. Y en estos casos concurren ambas circunstancias: español en campaña y en el extranjero.

* * *

El 24 de noviembre de 1848, Pío IX huyó de Roma. Nadie como él podía medir el alcance que tendría este acontecimiento. Nadie como él sabía que ya no tenía más remedio que acudir a la huida. El paseo triunfal del estilete ensangrentado con la sangre de De Rossi no era el único anuncio para aquel que había trocado la púrpura de llama y de sangre por la albura del Pontificado del peligro que

su propia vida corría. Otras violencias conocidas sobradamente podían considerarse como razones suficientes para que la situación de Pío IX fuera la de una verdadera prisión.

El Papa, pues, como es sabido, huyó; y al huir abrió la catarata de una serie de efectos excesivos debidos a unas causas más excesivas aún. Porque esta es la nota propia de los sucesos que acompañan la desaparición del patrimonio de San Pedro: el exceso. Fué excesiva la conspiración, excesiva la tenebrosidad del misterio, excesivo el confusio-nismo sembrado por la reiteración de taimadas mentiras oficiales de una audacia inesperable, excesiva la indiferencia y la debilidad de la reacción. En cierto modo y examinando las cosas en el terreno de los hechos fué excesivo el ver a un Papa huir de su reino sumido en la oscuridad de una carroza prestada y amparado por la oscuridad de un disfraz más oscuro todavía; todo ello en plenos albores del sedicente siglo de las luces. Fué también excesiva, en cuanto inesperada, una rara reacción: la reacción española.

La huida del Papa nos da ya motivo para conocer cuál era la confianza que tenía depositada en los diplomáticos españoles. Pío IX huyó en el coche de M. de Spaur, Ministro de Baviera, pero contrariamente a lo que se dice en todas las versiones conocidas no le acompañaron ni la Condesa de Spaur ni el Duque d'Harcourt, Embajador de Francia. Su único acompañante fué González Arnao, Secretario de la Embajada española. La primera intención de Pío IX fué la de dirigirse a España. Al efecto debía de partir de Barcelona el "Lepanto", para que embarcara en él el Santo Padre. El General Fernández de Córdoba, que con gran nobleza de arranque y una acometividad de sincero muy apreciables, se impuso el deber de hacer un supremo esfuerzo para puntualizar la verdad de los hechos y rebatir tanta tergiversación como contenían las mentiras oficiales y oficiosas francesas, a base de las cuales después se ha escrito la Historia, nos reitera su seguridad acerca de estos datos en una nota singularísima de su libro: "EXPEDICION ESPAÑOLA A ITALIA". Dice esta nota: "Sostuve que el Papa salió de Roma acompañado únicamente del Secretario de la Embajada española, D. Vicente González Arnao. Insisto en mi afirmación. Es cierto que el vehículo en que salieron fué el coche particular del Ministro de Baviera, M. de Spaur, con el que llegó hasta Gaeta, y ciertísimo que la señora de este ilustre personaje gozaba de privilegiada predilección en los afectos de Pío IX, tanto por la gentileza, cuanto por la piedad de tan esclarecida dama. No obstante, el compañero único que el Papa tuvo en su fuga fué Arnao. Lo mismo digo acerca de la disposición del Pontífice de venir a España. El convenio estaba hecho y Martínez de la Rosa esperó el día 24, en que la fuga se verificó, la noticia de la llegada del vapor "Lepanto", que con tal destino había dispuesto el Gobierno de Madrid concurrese para dicho día a las aguas de Civita-Vecchia. El "Lepanto" no llegó, sin que por esto resulte cargo alguno al digno jefe que lo mandaba: no lo permitió el estado del mar".

Es esta una nota extraordinaria y no deja de guardar en su forma una especie de analogía con el post-scriptum de una carta. Hay que tener en cuenta que la finalidad de una carta se vuelca muchas veces en su post-scriptum. Hay cartas que se escriben para escribir su post-scriptum, pues a lo escrito en el post-scriptum parece atribuirse un valor más de paso, sin importancia; y, sin embargo, ha quedado

tan escrito como todo lo demás. Claro está que no vamos a establecer que el General Fernández de Córdoba escribió su libro para escribir esta nota. Pero sí podemos comprobar que lo que en ella se dice es demasiado importante para no pasar más que una nota de su libro. No insistiríamos tanto en este punto si no mediara una tradición oral precisamente barcelonesa que contradice la versión del porqué no zarpo el "Lepanto": ¿No lo permitió el estado del mar? ¿A qué viene esa excusa acerca del digno jefe que lo mandaba? Según la tradición apuntada el "Lepanto" retrasó varias horas su salida debido únicamente a la galantería que hacia cierta dama sintió la necesidad de manifestar el digno jefe que lo mandaba, y cuando fué a zarpar llegó una contraorden de Madrid. El ancianísimo barcelonés que me relató esa anécdota me dijo: "Esa señora cambió la Historia de Europa".

Ya Pío IX en Gaeta el Gobierno español tomó una serie de medidas: envió una flotilla de siete buques al mando del brigadier Bustillos, que fué la que después contribuyó tan eficazmente a la acción conjunta con las tropas napolitanas que mandaba el propio Rey Fernando de las Dos Sicilias; y en fecha de 21 de diciembre mandó una circular a los Gobiernos de París, Viena, Lisboa, Turín, Florencia, Nápoles y Munich, invitando a una conferencia para fijar las bases de una intervención.

La sorpresa de París fué terrible. La noticia de la fuga se había conocido allí por el Embajador español Sotomayor y aunque el Gobierno español, muy cautamente, antes de lanzar la circular de 21 de diciembre se puso en contacto con el francés, a fin de lograr una iniciativa común, sólo obtuvo como respuesta la promesa de "Francia contaría en todo caso con España". Pero nunca creyó París que España tomara por sí sola la iniciativa. El tono ortodoxo y objetivo de la circular y de la tónica general de la acción española no encontraron en Francia más que obstáculos y dilaciones. Luis Napoleón no podía desmentir sus viejas actuaciones de correligionario con el partido dominante en Roma y por otro lado conocía demasiado bien hasta qué punto le era necesario el apoyo de los elementos católicos de Francia para llegar a la meta del Imperio. El Gobierno francés optó por dar tiempo al tiempo y por inspirar al Gobierno piemontés todas las molestas propuestas de dilación que fué interponiendo al plan español. Beltrán de Lis, Ministro español en Turín, recibió un comunicado conteniendo el criterio piemontés: repugnancia a toda intervención armada e intercesión confidencial cerca de S. S. inclinándole al retorno a Roma para gobernar constitucionalmente. Más tarde llegó la protesta y la circular al cuerpo diplomático acreditado en Turín acerca de la iniciativa española. Está demostrado que en todo ello andó la mano inspiradora de Droyn de Lhuys, entonces Ministro de Negocios Extranjeros de Francia.

La contestación de Nápoles insinuando la conveniencia de convocar también a Prusia, Rusia e Inglaterra, sirvió para dar largas al asunto. Más tarde Francia, sin nunca soltar prenda, insinuó a España que no podría hablarse seriamente de nada si no se convocaba a toda Europa.

¿Qué quería Francia con esto? Francia creyó que era esta la mejor dilación que dar a todo acuerdo concreto: A España después de la sugerencia francesa no le quedaba más camino que el de la convocatoria general y España tal vez no se atrevería intentar una acción de tal envergadura, y si lo hacía el desparrame de la responsabilidad entre tan-

tas Cancillerías y delegaciones no cristalizaría en nada positivo. Pero España se atrevió. Con una terquedad y celo incomprensibles convocó a toda Europa. La insistencia de España podía haberla supuesto Francia, dada la gran devoción manifestada a Pío IX por parte de la Corona y del Gobierno español. Lo que no podía suponer Francia tan fácilmente era otra cosa: ya hemos dicho que las causas eran excesivas para no provocar efectos excesivos. Europa respondió al llamamiento de España.

A Francia se le escapaba de las manos toda la iniciativa de un asunto europeo y entonces Francia, sin contar con España ni con nadie, llevó a cabo algo más que excesivo también para el carbonarismo de Luis Napoleón: la intervención armada en los Estados Pontificios. El desembarco de Oudinot, fué mediatizado por pactos y parlamentos secretos con el enemigo que la Historia ha callado. Pero no sólo ha callado esto la Historia. También ha dejado inadvertido que si llegó a llevarse a cabo la acción francesa fué gracias al impertinente tesón español.

La sorpresa del desembarco francés había sacado a España la iniciativa. Posteriormente las versiones oficiales le sacarían la notoriedad de toda su acción tan sorprendente. Tan sorprendente, que parece casi imposible que se hubiese engendrado por la España de entonces.

En España hubo voces contradictorias. No entre el pueblo, sino en el Parlamento, desconectado como siempre del verdadero sentir del alma de sus representados. La posición del Gobierno, siempre triunfante, fué la que había comunicado a todas las Cancillerías: se debía reponer al Papa en sus Estados para asegurarle la independencia y libertad de la soberanía temporal, base necesaria del ejercicio de su poder espiritual. Don Salustiano de Olózaga lanzó una diatriba acerca de los gastos terribles que ocasionaría la expedición. El Ministro contestó diciendo eran los mismos asignados en presupuesto para la tropa permanente en la Península. Hay algo indefiniblemente típico de la decadencia española en este detalle: una aura burocrática injertando el brote de la grandeza espontánea e irreprimible.

El Ejército español tiene momentos de su vida en que por razones impenetrables alcanza una palpación de gloria casi preternatural. En Italia las tropas españolas vivieron muchos de estos momentos. La bendición del celeste Pío IX a los expedicionarios parece, según las descripciones, escena lograda seriamene en presencia del Dios de los Ejércitos. Alcanzaron también algo más: detener y encauzar la falacia francesa.

* * *

En esa hora tan romana del crepúsculo, cuando toda la psicología inanimada de la Urbe se perfila hacia el Gianicolo, hay algo que en él rompe ásperamente las voces aureas de tanta armonía. Es la estatua de Garibaldi con su dura mirada de bronce dirigida a la cúpula de San Pedro. Ni los pinos de Villa Pamphii, ni las glicinas, ni las colas desplegadas de los pavos reales de Villa Sciarra logran atenuar esa irrelevante sensación de desequilibrio. Roma guarda en su seno muchas sorpresas de España, que modernamente han sido estudiadas. A pesar de todo existe una muy seria que tal vez no haya sido nunca descubierta: los que lograron que Garibaldi pudiera herir la cúpula de San Pedro únicamente con la mirada bronceada de su estatua fueron unos expedicionarios españoles llegados a Italia para luchar por Pío IX, sin gastar ni un céntimo más del presupuesto.

Juan Manuel Montobbio Jover

Expedición francesa a Roma

Fines aparentes y reales

La Conferencia de Gaeta

Gaeta, la plácida ciudad napolitana recostada en las laderas del monte Orlando y asomando riente al mar Tirreno, ceñida con sus murallas y baluartes, coronando sus alturas la torre y el castillo, con sus inmensos palacios de oscuros portales y fachadas renegridas, cuyas piedras son testimonio de antigüedad y de historia, con sus calles estrechas y retorcidas de la parte vieja de la ciudad y las villas modernas que ensanchan sus alrededores emergiendo entre las plantaciones de naranjos, acelera el ritmo habitual de su vida al irrumpir en ella los plenipotenciarios de las potencias católicas de Europa, que han ido a reunirse en una conferencia, a fin de coordinar sus fuerzas de la manera más eficaz para devolver al Pontífice Romano la plenitud del poder temporal que inicualemente le ha sido arrebatada.

Con la expansión propia de país meridional, la población vibra de entusiasmo cuando además recibe en su recinto a S. S. Pío IX. La hidalga escolta del embajador español le ha permitido huir de Roma cuando Mazzini ha proclamado la república romana. Garibaldi a la cabeza del motín es el amo de la calle, y a los mismos pies de S. S. han asesinado al conde Rossi, para coaccionarlo por el terror y obligarle a sancionar las leyes incubadas en las logias masónicas y las ventas de los carbonarios.

Non posumus, ha dicho dignamente el Papa, y se ha refugiado en Gaeta confiando su causa a las potencias católicas que convocadas por España se han reunido en esta ciudad.

Todos siguen con interés el curso de los acontecimientos; la curiosidad y los comentarios del vecindario, dividen su atención entre las noticias que llegan de Roma y lo que puede saberse del curso de la conferencia.

Nápoles presta su concurso con la espontánea fogosidad de su temperamento. Llega la expedición española mandada por el General Fernández de Córdoba. Austria, dueña del reino lombardo-veneto refuerza sus guarniciones. Los blancos uniformes de las tropas imperiales cubren todo el norte de Italia y están prontos a imponer con las armas las decisiones de la conferencia. Sólo Francia anda remisa; por fin ha decidido concurrir oficialmente como potencia católica pero se ve que boicotea las decisiones y quiere ganar tiempo. Por esta causa nada se ha decidido todavía y con el natural asombro de todos, llega a Gaeta la noticia de que, haciendo caso omiso de este compás de espera que ella ha provocado, un cuerpo expedicionario francés compuesto de 8.000 hombres ha desembarcado en Civita-Vecchia al mando del General Oudinot de Reggio.

Garibaldi, Mazzini y Luis Napoleón

Estos que han sido tres oscuros conspiradores desempeñan en Italia, en 1849 tan destacado papel que son figuras principales en el tablero político de Europa.

Garibaldi, famoso guerrillero, fanático revolucionario, intransigente y audaz, hijo de pescadores y marino mercante en su juventud, condenado a muerte por conspirador contumaz, prófugo y activo revolucionario en Africa y en América, ha vuelto a Italia y acogándose a la bandera de la unidad; con su fogosidad demagógica arrastra en pos de sí un numeroso partido y es nombrado general en jefe de la facción que atenta directamente contra el Papa.

Mazzini, iluminado idealista, adusto y taciturno, funda-

dor de "La Joven Italia" ha ofrecido sus servicios a Carlos Alberto y como los ha rechazado se hace republicano. Su actividad periodística es grande; también ha sido condenado a muerte y desterrado, pero en 1849 está al frente del triunvirato romano y su poder no tiene límites en el territorio de su jurisdicción.

Ambos son camaradas de juventud de Luis Napoleón, hijo del efímero rey napoleónico de Holanda, antiguo carbonario harapiento y fugitivo; pretendiente dos veces rechazado; durante muchos años, melancólico y romántico prisionero del castillo de Ham, y actualmente presidente de la república de Francia.

Garibaldi y Mazzini siguen una trayectoria rectilínea y van de frente a alcanzar sus objetivos y su actuación, aunque francamente mala, es clara. En cambio, Luis Napoleón, para compaginar el triunfo de su ideología y el logro de sus ambiciones personales, ha de seguir una política sinuosa que le coloca continuamente en terreno falso.

No hay duda que desea hacer triunfar el principio de las nacionalidades nacido de la Revolución, y ayudar a sus amigos; pero no olvida ni por un momento que la desaparición de su hermano mayor, asesinado por los carbonarios, y la prematura muerte del Aguilucho, le hacen el sucesor inmediato del Emperador Napoleón, y arrollará todos los obstáculos que se le opongan para recoger por lo menos una parte de la herencia del gran corso.

Con esta mira ajusta su conducta a las circunstancias del momento no vacilando en la elección de medios; por eso cuando los excesos de la revolución del 48 han producido en Francia la reacción inevitable, olvida los principios revolucionarios y presenta el programa de "mantener el orden público, asegurar la propiedad y defender a la religión y al Papa contra el que se han rebelado sus propios súbditos". Con esto se apunta el primer triunfo; es elegido presidente de la República por la mayoría aplastante de cinco millones de votos.

Naturalmente que piensa dar en la práctica una gran elasticidad al cumplimiento de este programa. Su falta de escrúpulos es notoria; su catolicismo estrictamente político y su juramento de fidelidad a la república puramente circunstancial. Socorrerá al Papa, cuando esto le sirva para afianzar su prestigio y obtener el apoyo de los católicos; protegerá de hecho las "libertades" de los revolucionarios para mantener el aura popular, y utilizará el mandato de la república de Francia para empujarse hasta el trono del imperio.

Ajustándose a este plan ha mandado la expedición a Italia "oficialmente" para defender al Papa, pues Francia figura entre las potencias católicas, pero al mismo tiempo su ministro Falloux dice a Veuillot: "Es preciso no equivocarnos sobre el carácter de nuestra expedición a Roma, el *presidente la dirige contra Austria* (1) *no a favor del Papado, pues mantiene con respecto al poder temporal, las tradiciones de familia y los sentimientos de su juventud*" (2) y el General Oudinot recibe del conde d'Harcourt representante oficial de Francia en la conferencia de Gaeta, estas concretas instrucciones: "Es preciso que apresuréis vuestra marcha.. debemos evitar que corra la sangre... en Gaeta se desea que seamos *pasivos agentes y no mediadores*, y sólo podemos evitar este tan desairado papel marchando sin tardanza sobre Roma".

(1) Austria había vencido en Custozza y en Novara y predominaba en Italia.

(2) *Memoires*, II, 129.

Intento de mediación fracasado

Cumpliendo estas órdenes, el General Oudinot ha notificado al Papa el desembarco de sus tropas al mismo tiempo que manda emisarios a los triunviros de la república romana, y con intención de erigirse en árbitro entre los partidos en lucha, como *benévolo mediador* el 28 de abril ordena la marcha de su ejército sobre Roma.

Ya les parece en principio a los triunviros romanos que nada han de temer de Francia; recuerdan muy bien que una reciente circular del ministro Lamartine a los agentes franceses de Italia, dice: "Los tratados de 1815 no existen en derecho según el sentir de la nación francesa... *si llegara la hora de la reconstrucción de alguna nacionalidad oprimida, Francia se creería con derecho a armarse para proteger estos movimientos legítimos de nacimiento y nacionalidad de los pueblos*" (3).

Sin embargo, el peligro real en que se encuentran les hace cautos; atisban el doble juego de Francia y despierta suspicacias el aparato bélico con que se presenta Oudinot. Ven que hay ambigüedad en las declaraciones de este General, que no puede descubrir su verdadero plan sin comprometerse ante las demás potencias, y esta confusión hace que cunda la alarma entre los republicanos de Roma.

Se pronuncia la palabra "traición". Garibaldi actúa rápidamente; ya no abandona la camisa roja que usa en los combates, y todos azuzan a la chusma con encendidas proclamas; encuadran a los hombres en la guardia cívica, prometen empleos y recompensas a los que se pongan al frente de los grupos armados; levantan barricadas, se aprestan a la defensa y reciben al General Oudinot a cañonazos.

La bravura de los soldados franceses no puede contrarrestar el violento fuego de las defensas de Roma, ni el empuje de las salidas de Garibaldi. El 30 de abril el General Oudinot ha de ordenar la retirada. Sus tropas están diezmadas. No han podido resistir a las bandas indisciplinadas de los voluntarios, caldeados por la demagogia y el fuego atizado de la rebelión y la anarquía.

En Gaeta aún confían en que el objeto de la acción francesa, aunque aislada y prematura, se confunde con el de las demás potencias, y como toda Europa esperan una réplica pronta y contundente del ejército francés.

Europa espera en vano y las potencias reunidas en Gaeta reconocerán su error. El ejército vencido de Oudinot permanece inactivo a las puertas de Roma, y todo el mundo ve con estupor cómo viene Mr. de Lesseps, con instrucciones de llegar hasta el máximo de las concesiones, a parlamentar con los insurrectos, con orden de procurar además *"todo lo que evite el desarrollo de la intervención ejercida por otras potencias, animadas de otros sentimientos menos conciliadores"*.

Pertrechado con este bagaje, Mr. de Lesseps, se instala en Roma. La bandera tricolor no se desdeña de ondear junto a la bandera roja de la república sacrílega. Se pone inmediatamente en conocimiento de los romanos que Francia no se unirá al rey de Nápoles para combatirlos y de concesión en concesión se llega a extender el documento que suscriben el General Oudinot y Mr. de Lesseps, en el que después de varios considerandos se estipula lo siguiente:

1) Los romanos reclaman la protección de la república francesa.

2) La Francia reconoce a las autoridades romanas el derecho a pronunciarse libremente sobre la forma de gobierno.

3) El ejército francés será acogido por los romanos como ejército amigo, y se acantonará como juzgue conveniente.

4) *La república francesa garantiza contra toda invasión el territorio ocupado por las tropas.*

Es decir, cierran prácticamente el paso a las potencias católicas que han decidido devolver al Papa sus estados. Esta conducta les indigna, y el General de la expedición española Fernández de Córdoba, que con toda lealtad ha ido a Italia con el solo objeto de defender los derechos legítimos del Papa, exclama: "¿Qué significa esto? ¿Es así como Mr. de Lesseps y el General Oudinot interpretan el espíritu de la conferencia de Gaeta? ¿Es así como Francia responde al llamamiento del Papa, como nación católica del continente? ¿Es así como intenta reponer en la sede apostólica la autoridad y la persona del Pontífice?"

La política de Francia se revela con toda claridad: pacta con la insurrección.

Sin embargo su habilidad falla por esta vez. Los romanos rechazan el pacto. Nada puede vencer la oposición de Mazzini y sus colegas que engreídos con las concesiones y la victoria se niegan a admitir bajo cualquier forma al ejército francés en Roma. En un rasgo de despectiva generosidad aún devuelven al General Oudinot los 700 prisioneros que hizo Garibaldi en sus salidas.

Clave básica de esta actuación equívoca

Ni la situación equívoca, ni la posición desairada en que se encuentran, ni este pacto vergonzoso causan admiración en París. A nadie se le escapa la tortuosa política personal de Luis Napoleón, pero la aceptan sin mayores inconvenientes, porque se adapta al modo de obrar connatural de la nación.

No constituye una novedad el que en ocasiones, Francia vencida en realidad, se presente con gran aplomo como vencedora y reivindique los derechos de tal, y no hay que negarle su indudable maestría y agilidad para cambiar de postura cuando se encuentra en una situación escabrosa.

Es una táctica que les ha dado siempre excelentes resultados para aumentar sus ganancias y su radio de influencia. Adaptándola al ambiente de cada época, la vienen empleando con éxito desde que Hugo Capeto empezó a ensanchar su "pre carre" hasta nuestros días; pasando por los sueños de hegemonía europea impulsados por Richelieu, la obsesión de "sus fronteras naturales", la creación de una nueva Lotaringia en el norte que amortigué el empuje germano y procurando la vecindad de estados débiles o agradecidos en el este y en el sur.

El embajador Lisola, en un informe dado a su país, justiprecia esta agitación en la siguiente forma:

"Su máxima es entrometerse en todos los asuntos a diestro y siniestro, hacer en todas partes papel de árbitro, con fuerza o con astucia, con prestigio oficial o por sorpresa, entre amenazas o con trato amistoso, y hasta en tratados de paz en donde no son parte necesaria, intervienen como mediadores. Nunca hubo una discordia en la cual no acertaran a hallar una ventaja o pretensión, y *nunca un pueblo mostró la más mínima propensión a rebelarse sin que ellos se hayan mostrado como aliados*. La experiencia muestra que nunca se han mezclado en una guerra sin agudizarla, ni en un tratado de paz sin sembrar los gérmenes de nuevas discordias. *No miran más que el provecho del estado, sin detenerse ni por la fe de los tratados ni por el bien de la religión ni los lazos de la amistad, se acomodan al provecho de todo el mundo para hacerlo servir finalmente al propio y sacrifican la religión cuantas veces contradice el provecho del estado*" (4).

Y en verdad que Lisola vivió en tiempos de Luis XIV y adaptó este informe a su época y a las pasadas, pero ciertamente que lo mismo podía ser redactado refiriéndose a la

(3) Circular del gobierno francés.

(4) Historia Universal de Weiss, vol. XI.

intervención de Francia en Italia en el siglo XIX y aún en épocas más recientes, y desde luego nos da una clave para reconocer una causa remota pero constante que nos permite seguir con facilidad los vericuetos y vaivenes del asunto que nos ocupa.

Por esto ya no nos extrañaremos de que cuando a pesar de esta habilidad nunca desmentida, la situación se ha hecho insostenible por haber provocado el estado de alerta entre las potencias reunidas en Gaeta, y la airada repulsa de los republicanos de Roma, dé un virage violento y volviendo, aunque tarde, por el honor del ejército francés batido por los guerrilleros de Garibaldi y las milicias de la revolución, dé orden terminante a Oudinot para que entre en Roma mandándole un ejército de 30.000 hombres y gran lujo de material de guerra.

Entrada en Roma

Con este numeroso ejército, "después de 26 días de combates casi diarios y de trinchera abierta, Oudinot penetra en Roma el 3 de julio por entre una población silenciosa y fría; tal era la escasa estimación que gozaba el representante de la república francesa". Las tropas de ocupación dominan la ciudad, pero nadie les oculta ni su odio ni su desdén. "Los unos porque han sido vencidos, los otros porque no han recibido satisfacción". Los revolucionarios están defraudados, pues esperaban una ayuda franca. Los partidarios del Papa no ven reivindicada su autoridad. Para no dar satisfacción a nadie han bombardeado la ciudad, la han sometido a los horrores del sitio y han ametrallado al pueblo. Se ha descubierto que sólo les mueve la ambición de predominio. Con ello se han ganado el menosprecio general "al penetrar un francés en un establecimiento, salen los que estaban en él, se niegan a indicarles hasta el nombre de las calles, sus edictos son destrozados, y el General Oudinot, es silbado en ocasiones por la población".

No puede decirse, sin embargo, que les falta condescendencia con los revolucionarios. Los defensores de Roma continúan armados, con sus uniformes y sus escarapelas. La bandera republicana sigue en todos los edificios públicos y no se ha desplegado un solo pabellón pontificio. Un cuidadoso descuido permite salir a Garibaldi con todas sus tropas dispuestas a atacar a los españoles y a los austríacos, a quienes el General francés no ha permitido intervenir en la toma de la ciudad, y sólo después de dejarles la delantera de 6 horas se sale en su seguimiento.

Con todo, estas condescendencias ni satisfacen en Roma ni tampoco a las sociedades secretas de París que esperaban en el triunfo del antiguo carbonario la "recompensa de 30 años de trabajo obscuro". Intrigan en la capital de Francia y reaccionan con la revolución armada del 13 de julio, en que una manifestación de agitadores y guardias nacionales desfila por los bulevares protestando porque "la sangre francesa ha corrido a favor del absolutismo" y gritando "viva la república romana".

Vuelve a estar Napoleón en una posición falsa y como siempre aprovecha la oportunidad del momento. Los excesos de los demagogos inquietan ya demasiado a la opinión conservadora de Francia que le conviene tener propicia para sus planes de imperio, y sofoca en sangre la sublevación de París.

Encuentra inmediatamente apoyo en el partido del orden y da plenos poderes a Mr. Courcelles, que se declara pública y solemnemente "partidario del restablecimiento íntegro del poder temporal del Papa".

El historiador francés Mr. Balleydier dice al referirse a esto: "La Francia por fin identificábase francamente con el espíritu de la conferencia de Gaeta, declarando la restau-

ración temporal del Papa, como garantía indispensable del ejercicio imparcial y libre de sus poderes espirituales" (5).

¡Elocuente testimonio de la actuación doble y equívoca seguida por Francia hasta este momento! Mas es pronto todavía para emitir un juicio definitivo.

¿Ayuda al Pontífice...?

Ciertamente que por fin el General Oudinot se decide a mandar al Papa las llaves de Roma, que se izan las banderas pontificias en los edificios públicos y todo se prepara para recibir al Papa. Pero el Papa es prudente. Aun cuando calla, ha seguido el curso de los acontecimientos y la vacilante y contradictoria actitud francesa que no atiende sino a su propio interés. Duda del alcance que tendrá su reciente acto de contrición, y duda también de que su sola protección sea suficiente garantía para que pueda volver a Roma.

No tardan los hechos en demostrar cuán acertada ha sido esta prudencia.

Cuando la mayoría de la población romana partidaria del Papa y víctima del terrorismo, empieza a levantar cabeza apoyada en las nuevas disposiciones, Napoleón vuelve a hacer marcha atrás. Destituye al General Oudinot, quizá por haberse excedido últimamente en sus manifestaciones de adhesión al Pontífice, y escribe al mariscal Niel, una carta incomprensible en un Jefe de Estado, concebida en los siguientes términos:

"Querido Edgard: La república francesa no ha enviado un ejército a Roma para destruir la libertad italiana, sino por el contrario... Decid de mi parte al general Rostolan, que no quiero que a la sombra de la bandera tricolor se cometan actos que puedan desnaturalizar el carácter de nuestra intervención.

"Cuando nuestros ejércitos dieron la vuelta a Europa, dejaron en todas partes como señal de su paso los gérmenes de la libertad. No quiero, pues, que se diga que en 1849, un ejército francés ha podido conducirse de otro modo y lograr resultados opuestos.

"Debe plantearse el poder temporal del Papa bajo estas condiciones: *Amnistía general, secularización de la administración, código napoleónico y constitución liberal*" (6).

¿Puede llamarse a esto ayuda al Papa? Fundar en Roma un Gobierno nacido de la Asamblea, que decida en qué condiciones quedará el Papa en el Vaticano, después de secularizar los cargos, y exigirle una constitución liberal, con todas las libertades que más tarde el propio Pío IX ha de condenar en el Syllabus?

Sin embargo, éstas son las condiciones definitivas que quiere imponer Francia, ¡y aún se pretende que esta carta de Napoleón se inserte en el Diario Oficial para "crear un verdadero casus belli" si sus disposiciones no se cumplen con toda premura y precisión.

La vista de este conjunto sugiere la pregunta: La expedición francesa a Italia en 1849 ¿fue a reivindicar los derechos inicuaamente violados del Pontífice?

A pesar de la toma de la ciudad, su actuación ¿no era una promesa para el futuro y un fermento de la rebelión que al fin había de acabar con la soberanía temporal del Papa, y recluir su soberanía espiritual en los muros del Vaticano?

Los franceses ¿respondieron siquiera un momento, en su espíritu y en su ejecución, al generoso impulso con que el Gobierno español convocó a las potencias católicas para la conferencia de Gaeta?

Maria Asunción López

(5) Histoire de la révolution de Rome de Mr. Bayleddier.

(6) Partes oficiales del Gobierno en aquella fecha. Guerre de la independance Itaienne. - General Ulloa.

ESPAÑA EN EL CONGRESO DE GAETA

La propuesta de España a las cortes católicas de Europa (París, Viena, Lisboa, Turín, Florencia, Nápoles y Munich) el 21 de diciembre de 1848, proponiendo una reunión de plenipotenciarios a fin de restablecer al Papa en su autoridad y garantizarle la posesión de su dominios por medio de un compromiso de los estados católicos en su totalidad, es un acto que honra a España y al Gobierno del general Narváez y del ministro de Estado, Pidal. Algunos párrafos de este documento son interesantes:

“Los pueblos católicos se constituyeron siempre como garantes de la soberanía temporal del Papa, para que en la suprema autoridad espiritual que ejerce sobre todos los pueblos católicos no se pudiera ni aún sospechar la influencia de poderes extraños. Esta situación, nacida de la naturaleza misma de las relaciones que median entre el Vicario de Jesucristo y los pueblos católicos, y que ha sido acatada hasta por Gobiernos de distintas creencias, es de un interés tan vital para toda la Cristiandad, que no puede quedar a la merced de una parte tan pequeña del mundo católico como son los Estados Pontificios. La España no pretende mezclarse en la política interior de aquellos Estados, pero juzga que ni ella ni los demás pueblos católicos deben consentir que la libertad del Jefe de la Iglesia universal, y el decoro debido a su sagrada persona, queden a discreción de la ciudad de Roma, y que mientras todas las naciones católicas se apresuran a ofrecer al Papa el homenaje de su profunda veneración y respeto, una sola ciudad de Italia se atreva a ultrajar su dignidad, reduciendo al Pontífice a un estado tal de dependencia que pudiera un día terminar por el abuso de su misma autoridad religiosa... El interés que mueve a España en este negocio no es exclusivamente español, sino de todas las naciones católicas, en las cuales el estado incierto y precario del Padre Santo no puede menos de introducir la perturbación de las conciencias y el desorden consiguiente en los pueblos”, etc.

EFFECTOS DE ESTA COMUNICACIÓN

La idea de un Congreso de potencias católicas tal como la exponía España, pareció magnífica al Papa y a su secretario de Estado, cardenal Antonelli. Asimismo dieron su aprobación incondicional o con ligerísimos retoques Nápoles, Austria, Portugal y Baviera.

En Francia, donde estaba de Presidente de la II República, el Príncipe Luis Napoleón Bonaparte, las cosas siguieron derroteros distintos. El Príncipe-Presidente planeaba cambiar su título por el de Emperador de los franceses y para ello necesitaba imprescindiblemente del apoyo y los votos de los católicos franceses, viéndose, por lo tanto, en la precisión de complacerles apoyando al Santo Padre.

Pero sus simpatías de viejo carbonario y luchador en pro de la Italia unida y sus compromisos le llevaban al lado de Garibaldi y demás cabecillas revolucionarios.

En situación tan difícil recurrió a la clásica maniobra del pasteleo: aceptar en principio, pero poniendo dificultades y, sobre todo, haciendo que las levantaran sus Estados satélites de Italia: Saboya y Toscana, a fin de ir aplazando la solución de tan enojoso asunto.

No es nuestra misión referir los variados incidentes de esta negociación. Nos interesa tan sólo poner de manifiesto cómo España actuó con un desinterés total, con ganas de servir a la Iglesia y al Papa, y deseosa de resolver definitivamente la difícil y pesadísima cuestión de los Estados Pontificios.

La obra del general Fernando Fernández de Córdoba, densa de documentos, nos los ofrece abundantes para poder apreciar, en las comunicaciones e instrucciones del Gobierno a sus ministros, cuáles eran los sentimientos e ideas que inspiraban al Gabinete español.

POSICIÓN DE ESPAÑA

El día 8 de febrero de 1849, Martínez de la Rosa, embajador de España cerca del Papa, escribía desde Gaeta al ministro de Estado una comunicación de la que entresacamos lo siguiente: “Al día siguiente (5 de febrero), ofrecí mis respetos a Su Santidad, y como no había nada en el despacho reservado de V. E. ni en la comunicación que se había dirigido al embajador de S. M. en París, que no fuera muy honroso para el Gobierno de S. M., a la par que grato al Sumo Pontífice, se lo leí a Su Santidad en castellano, interrumpiéndose la lectura con oportunas observaciones, en que Su Santidad manifestaba su conformidad con las ideas del Gobierno español, y celebraba el modo firme y decoroso con que dicho documento estaba redactado, dándome las más expresivas gracias por el vivo interés que tomaban en favor de su causa la Reina Nuestra Señora, y su Gobierno, diciéndome, por último, estas sus propias palabras: “—El cardenal Antonelli, mi secretario de Estado, no pudiera escribirlo en mejores términos.”

El conde Schwarzenberg, ministro de Austria, escribiendo a Pidal, decía lo siguiente: “...justo es que España, encargándose del principal papel, tenga parte en la gloria que refluirá en los que, dejando a un lado toda intención política y no escuchando sino la voz de su conciencia y sus deberes, han acudido para prestar apoyo al Pontífice humillado...”

INSTRUCCIONES AL EMBAJADOR DE ESPAÑA

Después de muchos dimes y diretes se reunió el Congreso en Gaeta. Representaba a España el embajador de España en la Santa Sede, señor Martínez de la Rosa. Las instrucciones que le mandó el ministro de Estado, Pidal, reflejan claramente la idea que de la cuestión tenía el Gobierno de España y su nobleza de miras en oposición a la política vacilante y el juego a dos cartas del Gabinete francés. Copiamos extensos fragmentos de estas instrucciones:

"No me propongo dar a V. E. instrucciones terminantes... Por tanto, me limitaré a exponer a V. E. las intenciones de S. M. sobre esta cuestión, para que partiendo de ellas pueda, según las circunstancias, adoptar aquel temperamento que le dicte su ilustrado celo y acreditada prudencia. Por mis anteriores comunicaciones está enterado V. E. de que a la excitación dirigida por el Gobierno español a las Potencias católicas, invitándolas a ponerse de acuerdo sobre los medios de restablecer al Sumo Pontífice en su dominio temporal, se han adherido ya la mayor parte de estos Estados, y que por esta consideración es llegado el caso de reunir el Congreso. Partiendo de este punto, V. E. no debe nunca perder de vista que el objetivo de estas conferencias no es deliberar sobre las varias cuestiones a que pueda dar lugar la situación de Roma, sino pura y exclusivamente examinar y convenir en los medios que se juzguen más adecuados para llevar a cabo el pensamiento religioso que originan las conferencias. El restablecer la autoridad del Papa en los Estados de la Iglesia ha sido a la vez la causa de la invitación de la España y de la adhesión de las demás Potencias; por consiguiente, de este punto, decidido y convenido, por el hecho de asistir los plenipotenciarios al Congreso, deben partir las conferencias, resistiéndose el que se adopte otra base o se entable otra discusión que no tenga por objeto exclusivamente el concertar los medios de restablecer al Papa en sus Estados. Por esta razón juzga el Gobierno español que en las deliberaciones del Congreso no deben influir las consideraciones locales de otros Estados de Italia; porque siendo el objeto de esta reunión, como se ha dicho, restablecer al Pontífice en el libre ejercicio de su autoridad temporal, en interés puramente católico, no deben mezclarse en esta cuestión otras miras políticas, en las cuales podrían aparecer tanta divergencia de intenciones y tanta diversidad de pareceres. Y por lo mismo, opina también el Gobierno de S. M. que los representantes de las naciones católicas no deben mezclarse en determinar el régimen interior que se haya de establecer en los Estados de la Iglesia. La cuestión política interior de Roma la resolverá el Padre Santo, que es el que puede conciliar las necesidades de sus pueblos como príncipe temporal, con la independencia necesaria para el ejercicio de su potestad espiritual como Pontífice. Una vez convenido en que el punto de partida de las conferencias diplomáticas a que debe asistir V. E. es el de deliberar desde luego sobre los medios de restituir al Papa sus Estados de una manera estable y permanente, las discusiones deberán principiar por el examen de los que puedan adoptarse para este fin. Estos medios podrán ser morales si se creyesen suficientes, pero no se deben excluir los materiales en caso de necesidad. La importancia de este negocio exige que las misiones católicas que intervengan se presenten dispuestas a contrarrestar cualquiera resistencia que se les oponga, y para esto es indispensable la preparación de la fuerza, que aún en el caso de adoptarse los medios morales les haría más eficaces y de mayores resultados."

"Con respecto a la intervención armada en los Estados de la Iglesia debo manifestar a V. E., cualquiera que sea la opinión del Gobierno español relativa a la necesidad de esta medida, nunca la adoptará por su parte, sino proclamada por el Padre Santo. Los Gobiernos católicos, como interesados en la situación del Pontífice, tienen el deber de ofrecerle toda clase de auxilios en caso de necesidad, pero no el de intervenir sin la previa demanda del Papa, porque así lo exige la independencia misma de su sagrada autoridad. También debe esta intervención verificarse en nombre de las naciones católicas, porque llevada a efecto por el celo religioso de una o más Potencias, sin el acuerdo de las demás, este acto, aunque en sus resultados pudiese ser pro-

vechoso, no dejaría de desvirtuarse por las apariencias de que hubiese sido realizado por otras miras de distinto orden y de diversa naturaleza. No pretende por esto el Gobierno español que todas las Potencias católicas hayan de contribuir necesariamente con igualdad de medios a la restauración del Papa, pues no se le puede ocultar que la intervención armada de algunas pudiera tal vez ofrecer dificultades y complicaciones de que estaría exenta la de otras. El Congreso debe tomar en consideración, para resolver este negocio, cuáles son las naciones que pueden verificar la intervención armada con menos inconvenientes, y más en el sentido religioso que se propone, pero bajo el concepto de que las Potencias designadas deberán constituirse en ejecutoras de las resoluciones adoptadas por el Congreso y ratificadas por los Gobiernos católicos, y obrar en nombre y por encargo de éstos. Con este motivo, no puedo menos de llamar la atención de V. E. sobre la situación particular en que se han colocado los Gobiernos de Cerdeña y Toscana, pretendiendo que sólo a los de Italia es lícito mezclarse en los Estados de la Iglesia, y negándose a asistir a las conferencias de las naciones católicas. Según este punto, V. E. está informado ya de las opiniones del Gobierno de S. M. por mis anteriores comunicaciones, y estará dispuesto a sostener en el Congreso que las Potencias católicas no pueden reconocer en los diversos Estados de Italia el derecho de oponerse a esta intervención católica, ni el de intervenir por sí solos en la cuestión de los Estados de la Iglesia. Que se podrá admitir la cooperación de estos Gobiernos si a ella se prestasen a pesar de la resistencia que hasta ahora han opuesto con tanto empeño, pero en el concepto general de Gobiernos católicos, y no en el especial de Potencias italianas."

"Para que la intervención de las Potencias católicas produzca todos los resultados que deben proponerse los Gobiernos interventores, sería de desear que el Congreso adoptase algunas resoluciones que pudiesen contribuir en lo sucesivo a la estabilidad de las cosas en los Estados de la Iglesia y servir de seguridad para el porvenir. Entre otros puntos, podría pensarse en hacer algunas declaraciones, que colocando a los Estados Pontificios fuera del movimiento de la política europea, los pusiesen a cubierto de las alteraciones y conflictos en que pueden verse envueltas las demás naciones de Europa en el transcurso del tiempo. Podría declararse por un acto público y solemne que los Estados de la Iglesia constituyen la garantía permanente de la independencia del Sumo Pontífice; que como tales no son susceptibles de aumento ni de disminución, sino que inalterablemente se deben conservar como la dote del Jefe de la Iglesia y afectos para siempre a su autoridad suprema bajo la garantía de las Potencias católicas. Igualmente podría declararse como un punto de derecho público el que en las desavenencias y guerras que puedan ocurrir en Europa, los Estados de la Iglesia se considerarán perpetuamente neutrales sin que se les pueda obligar a tomar parte en ningún género de guerras o discusiones políticas, ni hostilizarlos por ninguna causa que no sea puramente religiosa y con la adhesión del Sumo Pontífice. No considero fuera de propósito manifestar a V. E. que el Gobierno de Su Majestad no sólo no encuentra reparo alguno en que el Papa esté representado en estas conferencias, sino que juzga de suma importancia que el Padre Santo nombre su plenipotenciario para el Congreso. Una reunión que tiene por objeto restablecer al Jefe de la Iglesia en sus Estados, no estaría completa si a ella no concurriese la parte más directamente interesada, y de la que pueden depender importantísimas resoluciones. No concluiré sin dar a V. E. una idea de la opinión del Gobierno de S. M. con respecto a la participación que en este negocio deben tener las Potencias no católicas de Europa, reclamada en cierto modo por Nápoles y Francia. La España nunca ha desconocido que las cues-

tionen que deben tratarse en este Congreso son de tal importancia y de tanta trascendencia, que para llevar a cabo las resoluciones que sobre ella se temen podría ser conveniente el dar una cierta participación a las naciones no católicas de Europa que por su posición influyen más o menos en todas las transacciones europeas. Por tanto, no se opondrá la España a que todas las Potencias importantes de Europa concurran a estas conferencias, si así se juzgase conveniente; sólo, sí, se exigirá que todas las que se reúnan principien por reconocer y aceptar el objeto de la reunión. Esta previa adhesión al principio de la restau-

ración del Papa es una condición aún más indeclinable en las Potencias no católicas para ser admitidas a las conferencias, pues de otro modo podría suceder que en vez de darse a estos Gobiernos la participación que aconseja la conveniencia, se pusiese en sus manos la resolución esencial del negocio, convirtiendo en política la cuestión religiosa; porque la restauración del Papa, que es una necesidad puramente religiosa para las naciones católicas, no puede considerarse sino como un objetivo político para aquellas Potencias que en el Pontífice no reconocen al Jefe y Cabeza de su Iglesia".

Domingo Sanmartí Font

UNA VICTORIA INCRUENTA DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS

Ardía casi toda Italia en las llamas de la revolución, como en buena parte del Continente europeo y, sobre todo, en los Estados Pontificios, porque el programa republicano era extender la medula de las revoluciones para derrocar todas las Monarquías y principalmente la del Papa. Uníase a esta última idea la de la unificación de Italia en cuya doctrina comulgaban muchos monárquicos italianos de los diferentes países en que estaba dividida la Península.

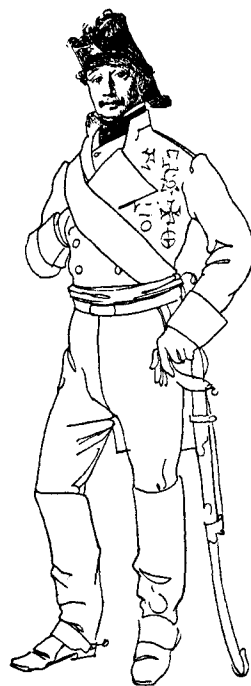
En vano el nuevo Pontífice Pío IX, todo bondad, transigencia, amor a la Iglesia y a la Humanidad, había ido aceptando dogmas democráticos compatibles con la religión católica de que era CABEZA VISIBLE y hasta decidiéndose a promulgar una constitución que sustituyera al régimen paternal de su Gobierno. Los revolucionarios pedían cada vez más concesiones y como el botín que avizoraban era magnífico por la riqueza de los altos Prelados y de las instituciones católicas, empezó a llegar a Roma la morralla internacional para unirse a las hordas populares acaudilladas por dos hombres de talento y de acción: Mazzini, tribuno ardiente, y Garibaldi, caudillo intrépido, en torno de los cuales giraba el parlamentarismo recién inaugurado por la revolución y las turbas armadas.

Sustituido el Gobierno Pontificio por un triunvirato y una Asamblea constituyente y organizados sendos batallones, convirtiéndose el orden en desbarajuste; las hordas se instalaron en los palacios y mejores casas de Roma, de las que extrajeron para acuñar moneda, las vajillas de plata, y para formar el tesoro republicano las alhajas y cuanto de muchísimo valor existía en la Ciudad Eterna; comenzando los atentados personales y los tiroteos jubilosos con el objeto de hacer víctimas en la nobleza y la burguesía de la ciudad. En una de estas *expansiones* populares, vió el acongojado Pontífice caer a sus pies muerto de un balazo al secretario, en el instante en que despachaba con Su Santidad. Indefenso el Pontífice, ya que los suizos y la guardia personal eran tropas escasas y decorativas solamente, llamó en secreto al embajador de España cerca de su Corte, Martínez de la Rosa, quien más próximo al populacho y mejor enterado de la situación, aconsejó a Su Santidad salir inmediatamente de Roma y acogerse a Gaeta, puerto del reino de Nápoles el más cercano a Roma, del que era Monarca el rey Fernando, tío carnal de la reina de España Isabel II. Nadie, ni en palacio ni fuera de él, excepto el cardenal Antonelli, tuvo la menor noticia de la fuga en el mismo coche del embajador y bien oculto; nadie también

de su llegada a Gaeta, donde a la sazón encontrábase el embajador de España en Nápoles, duque de Rivas, militar esclarecido y poeta tan inspirado como Martínez de la Rosa: hasta pasados unos días no llegó al Gobierno español cuenta exacta de lo que sucedía en Roma.

Gobernaba don Ramón María Narváez, figura militar y política la más grande del siglo XIX en nuestra Patria, sólo comparable al Gran Duque de Alba, con quien tenía mucha semejanza por sus arrestos, decisión, valor personal y lealtad al Trono. Con aquella actividad peculiar suya ordenó comunicar a todas las Potencias católicas de Europa la situación del Papa y sus Estados, pidiendo se reuniese urgentemente un Consejo de embajadores que examinase las circunstancias del momento, pues España estaba decidida a intervenir con las armas para restablecer el solio de la Cristiandad.

La iniciativa española fué aceptada de plano por las naciones, pero una Junta o Congreso de plenipotenciarios no se reúne tan rápidamente: hay que discutir muchas cosas



El General Don Fernando Fernández de Córdoba

que no hacen ninguna falta e infinidad de aspectos innecesarios; porque sin estas dilaciones y los discursos y las consultas y los trámites, la Diplomacia no puede actuar; ninguno de los consejeros va de buena fe, todos llevan sus maletas llenas de reservas mentales y cada nación piensa sacar tajada de los acontecimientos. Austria, a la que convenía mucho intervenir en Italia, se lanzó la primera con un fuerte Ejército, al mismo tiempo que su Embajador llegaba a Gaeta donde había de residir la Junta; Francia, República presidida por el Príncipe Luis Napoleón Bonaparte, no quería indisponerse con los partidos de la cáscara amarga ni disgustar a los Conservadores, ya que el Presidente pensaba arrojar el gorro rojo y encasquetarse en la cabeza la Corona Imperial; tardó algo en enviar una pequeña División de siete mil hombres al mando del General Oudinot, y España, por esa corrección diplomática que ha sido siempre su norma de conducta, no se daba tampoco mucha prisa para que no se atribuyese su iniciativa a planes ambiciosos cual los de Austria; sin embargo, Narváez procedió a planear la expedición nombrando Jefe de ella al General Don Ferrando Fernández de Córdoba cuyo apellido —el del Gran Capitán— había de sonar en Italia con ecos de glorias españolas.

Cuentan las crónicas, que hallándose el Gran Duque de Alba en el lecho de muerte, fué a visitarle el Rey Felipe II y departiendo ambos, díjole el Duque al Rey. —“De una cosa Señor no he tenido que confesarme ni arrepentirme; haber propuesto a Vuestra Majestad para cargo alguno persona que no fuese apta para desempeñarlo”.

—“Cierto es —respondió el Rey— yo también he premiado la sangre vertida antes que la sangre heredada”.

Viene a cuento la anécdota porque también el General Narváez se preocupó siempre de la aptitud de las personas para los cargos; el nombramiento de Fernández de Córdoba fué uno de sus aciertos; físicamente Córdoba tenía que impresionar a los italianos por su apostura marcial, su trato distinguido, su rostro agraciado y noble, su vasta ilustración y sus dotes militares; sabía inspirar a la tropa una confianza absoluta, era inflexible en la disciplina, policía e instrucción y poseía el don inapreciable de hacerse respetar y querer. Igualmente acertó Narváez en elegir los Cuerpos que habían de formar la División entre los mejores del Ejército, y no se equivocó al señalar a Barcelona como punto para vestir, equipar y reunir la expedición.

La guerra civil estaba dando las últimas boqueadas en Cataluña y el Ejército no había tenido todavía tiempo de reponer sus destrozados vestuarios; estaba impresentable. Narváez consultó a los principales industriales de Barcelona si podrían fabricar en una semana todo lo necesario a diez mil soldados, pues en caso negativo daría ese encargo a su pueblo, Loja, donde no existía ni un solo taller de zapatero; Don Ramón gustaba de las bromas a pesar de su genio irascible como un huracán; los barceloneses contestaron también humorísticamente que reconociendo el poder industrial de Loja, Barcelona podía construir uniformes y arreos en tres días para un millón de soldados.

Aunque el Cardenal Antonelli, Martínez de la Rosa y el Duque de Rivas acuciaban a Narváez para que enviase la expedición, el Jefe del Gobierno deseaba que llegase la última, es decir, después que los franceses se decidieran e iba retrasando sin descuidar la organización.

(Debo advertir al lector que por haber servido en cuatro de los Cuerpos expedicionarios; de Alférez en el Regimiento del Rey, de Teniente en Cazadores de Ciudad Rodrigo, de Teniente Coronel en el de Las Navas y de Coronel en el Regimiento de la Reina y aquejándome siempre de la enfermedad incurable de leer, cayeron en mis manos pecadoras, órdenes, itinerarios, diarios de operaciones, partes y cuantos documentos pertenecían a la citada expedición).

(A mayor abundamiento, conocí y me habló de ella muchas veces, el músico mayor Escuadrani, nacido en Roma y huérfano sin amparo por haber sido asesinados sus padres durante la revolución, que adoptado por el Regimiento del Rey vino con él a España y aquí casó y murió muy viejo).

Al fin llegó la orden de embarcar la primera brigada compuesta por los Regimientos Infantería Inmemorial del Rey, Reina Gobernadora, Batallón Cazadores de Chiclana; en junto siete Batallones; una Compañía de Ingenieros y un brillante cuadro eventual de Jefes y Oficiales para reponer bajas.

Embarcaron todas las fuerzas aclamadas entusiastamente por el vecindario barcelonés que hizo fiesta aquel día y por la tarde con mar llana, cielo limpio y viento en calma zarpó el convoy en el que por cierto no iba caballo alguno, pues habíase convenido que caballos y acémilas se adquiriesen en Nápoles. A pesar del buen tiempo, como la mar no nos perdona a los españoles que descubriéramos su secreto penetrando en el *tenebroso* Océano y descubriendo las maravillosas Antillas, el inmenso Continente de América y las infinitas Islas del Pacífico, encrespáronse las olas silbó el huracán en las jarcias y las naves tuvieron que dispersarse para no chocar unas contra otras; la noche fué de angustias y trabajos, mas la tropa demostró la serenidad de su ánimo ayudando a los marinos en sus peligrosas tareas. Al salir el sol huyeron las nubes avergonzadas de su impotencia y se tranquilizaron las aguas sumisas ahora dejándose hendir por las proas de los buques españoles. Con puntualidad militar y marinera entraron al mismo tiempo en el puerto de Gaeta donde el espectáculo congregó a todos los habitantes de la alegre y simpática Ciudad que al desembarcar los Batallones les recibieron con flores y vítores. Era natural y obligatorio que el General fuese en seguida a besar las sandalias al Pontífice Pío IX que le recibió con las más efusivas demostraciones mostrando vivísimos deseos de revistar las tropas, por lo cual se organizó una gran parada al día siguiente en la explanada del campamento; formaron los batallones en ángulo recto con la caballería y la artillería respectivamente en los costados; la línea impecablemente ordenada, los uniformes vistosísimos, el correaje blanco cruzado al pecho, todo brillante, nuevo, daba a infantes, jinetes y artilleros, veteranos con siete años de servicios y de campaña un aspecto de insuperable brillantez y marcialidad.

El Papa y su lucido cortejo de Cardenales recorrió la línea, rindiéndole los honores reglamentarios de presentar las armas y rendir las Banderas al majestuoso son de nuestra solemne marcha real; entre los tonos púrpura de los Cardenales se destacaba el impoluto blanco de la vestidura papal como sagrado símbolo de pureza de la Santa y Católica Religión; cuando pasada la revista, Su Santidad se dirigió a la Bandera del Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey para bendecirla en representación de las demás y colgar de su moharra la morada cinta de la Orden Piaña, arrodilláronse los soldados y las Banderas con las puntas de sus moharras tocaron la tierra; la tropa y la multitud de gente que llenaba el paraje, presas de la mayor emoción elevaban a Dios sus preces por la suerte del Papa que en aquel momento trazaba en el aire con su mano la señal de la cruz; aquellos soldados curtidos en las durezas de la guerra sintieron ese nudo en la garganta precursor de una lágrima que se deslizaba perdida en los largos mostachos; la impresión del acto no tuvo otra válvula que el grito atonador, inmenso de “Viva Pío IX”; el Papa al subir a su carruaje sollozaba como un niño. Apercibió el General Córdoba entre los centenares de carruajes de los espectadores un uniforme militar español y a él se dirigió, reconociendo al acercarse, al Infante Don Sebastián Gabriel, que acababa de ser General en Jefe del Ejército Carlista y por lo tanto estaba allá expatriado, sin derecho alguno a osten-

tar su alta Jerarquía de Capitán General y de Infante de España; no obstante, Córdoba, dejándose llevar de su carácter caballeresco, fué a él, saludóle con la espada y le rogó que revistase las fuerzas de su mando; el Infante, muy conmovido, accedió a la demanda pasando por delante del frente de las tropas que le rendían los honores debidos. El hidalgo rasgo de Córdoba motivó que el infante desde allí mismo acudiese a conferenciar con el embajador de España y ante él reconociera por su soberana a la Reina Isabel, sobrina suya.

Mientras éstas y otras muchas cosas largas de contar sucedían en Gaeta, y esperando la llegada del resto de la División, los franceses habían desembarcado y puesto sitio en seguida a Roma, atacándola valerosamente aunque con pocos medios para el asalto y sido rechazados con un número de bajas extraordinario, lo cual les inmovilizó hasta llegar refuerzos importantes, y elevó la moral de los revolucionarios hasta el punto de realizar salidas vigorosas cuyo efecto repercutía en toda Italia, atrayendo voluntarios y despertando las esperanzas de todos los revolucionarios de Europa. La revolución cobró más bríos y la División española con promesa de unirsele una fuerte División Napolitana al mando también del General Córdoba, no podía intentar ninguna operación, pues el Rey Fernando de las dos Sicilias, cambiaba de plan a cada momento un poco aturcido por la gravedad de la situación, retirándose de los Estados Pontificios hasta el límite de su frontera, donde se fortificaba. Córdoba se ofreció a los franceses para pelear a su lado en el cerco de Roma, mas el General que los mandaba, Oudinot, respondióle que era cuestión de honra para su Ejército tomar la revancha del rechazo sin auxilio extraño; el español no contaba con fuerzas suficientes para emprender operaciones en gran escala, sin embargo la Brigada española púsose en marcha el 2 de junio de 1849, para establecerse en Terracina, donde constituyó su base para acercarse al terreno que por acuerdo internacional se le había señalado. No tardó afortunadamente para su desairado papel y salir de su forzada inacción porque a los pocos días el General Zabala desembarcaba en Gaeta con los magníficos Batallones de Cazadores de Ciudad Rodrigo, Las Navas, Baza, Simancas y el Regimiento de Caballería Lusitania, más dos Baterías de Montaña y una rodada. Venía tan espléndidamente equipado en Barcelona como los demás Cuerpos de la División y llegaron muy a tiempo porque los franceses ya reforzadísimos acababan de entrar en Roma a viva fuerza después de un furioso bombardeo con cañones de sitio y de marina, que dió origen a una protesta colectiva de los representantes diplomáticos de todas las Potencias residentes en Roma, acusando, en términos amenazadores, a Oudinot de haber faltado gravemente al derecho de gentes, a las leyes de la guerra y al respeto que los monumentos romanos merecían a todos los pueblos civilizados y muy especialmente a la cristiandad. En efecto sufrió Roma algunos deterioros, pero no tantos que causasen la indignación reflejada por los Diplomáticos.

Sea que la protesta amedrentase un poco a los franceses, o sea el deseo de no indisponerse con los revolucionarios, su conducta fué inexplicable; no desarmaron las huestes de Garibaldi ni de los voluntarios internacionales que seguían campando por su respeto en Roma; dejaron que las Banderas republicanas siguiesen flameando al lado de las francesas, y Garibaldi con catorce o quince mil hombres se retiró libremente de Roma acampando a menos de cuatro leguas de la ciudad y proclamando que desde allí se proponía ir al aplastamiento de los españoles. Debió pensarlo mejor al enterarse de que el puñado de españoles de la primera Brigada en lugar de fortificarse donde estaba, se dirigió hacia su encuentro situándose en Piperno no lejos de Valmonte, donde se encontraban los garibaldinos echan-

do bravatas y amenazas, los cuales prudentemente se retiraron a Terni, que está al otro lado de la Alta Cordillera de la Sabina.

Reunida en Piperno toda la División española con los Generales Lersundi y Zabala, el plan de campaña de Córdoba era cruzar la alta montaña de La Sabina, que se interponía entre él y Garibaldi, ocupar el desfiladero de Tagliacozzo —que tan importante papel jugó en las guerras del Gran Capitán— y caer sobre el enemigo que no tenía otra retirada que el mar o los Abruzos rodeados e invadidos por el fuerte Ejército austriaco; si el plan de Córdoba se realizaba, la situación de Garibaldi no tendría remedio alguno.

Disponiéndose las tropas a marchar muy a la ligera sin otra impedimenta que la que podía llevarse a lomo, llegó al campamento de los españoles el General Nunciante, Jefe del Ejército Napolitano, para conferenciar acerca de la situación de Nápoles, que la libertad en que se había dejado a Garibaldi colocaba en crítica situación; Córdoba le expuso el plan que se proponía realizar; echóse las manos a la cabeza el napolitano creyendo que el General español estaba loco y que iba a llevar a sus tropas a una segura catástrofe —“en esas montañas casi inaccesibles —dijo— no ha entrado nunca ningún ejército ni tropa reglada; no hay caminos sino sendas de pastores; menudean los torrentes invadeables repentinamente a causa de las frecuentes tormentas; no son posibles los flanqueos; no existe en las aldeas colgadas sobre derrumbaderos, viveres ni posibilidades de reposo; y pedradas se puede destruir a una tropa que se meta por aquel entresijo de valles profundos y altísimas montañas; y si les coge allí una de las tormentas que ocurren a menudo, su pérdida es inevitable; por Dios mi General, desista de ese atrevido proyecto, pues causa usted su perdición y deja indefenso el flanco más importante de nuestro frente; Garibaldi es demasiado inteligente, audaz y valeroso para dejarle a usted pasar impunemente—”.

—¿Usted conoce, mi querido General —respondió sonriendo Córdoba—, el Pirineo Catalán y el Aragonés y el Navarro y el Vascongado?”.

—No, mi General; no he tenido la suerte de visitar a España”.

—Pues riase usted de La Sabina; en el Pirineo hemos vivido marchando y combatiendo sin tregua, lo mismo los Batallones de la Reina Isabel que los de Don Carlos, y Cristinos y Carlistas hemos sufrido con paciencia el ham-



Caballería de la División expedicionaria española

bre, las tormentas, las nieves y las heladas; estos soldados míos están hechos ya a caminar por esos terrenos escabrosos de sol a sol o de noche”.

—“Mi General; tiene usted otro camino cómodo y seguro internándose desde aquí en el Reino de Nápoles y en quince días se encontrará usted frente a Garibaldi”.

—“Para eso, Señor General Nunciante, tengo que dar la espalda a Garibaldi, lo cual sería una vergüenza para el Ejército español y un plumero para Garibaldi, que no dejaría de proclamar que nos retirábamos; además dice usted que tardaríamos quince días y yo me propongo atacar a Garibaldi en menos de una semana”.

Interrumpió esta conversación el General Willisen, prusiano, comisionado por su Rey para estudiar la organización de las tropas españolas y asistir a las operaciones con permiso del Gobierno español; enterándose del plan de campaña que discutían Nunciante y Córdoba, comprendió las dificultades que entrañaban y hubo de regocijarse por la suerte de compartir una aventura tan peligrosa y extraña. Amaneciendo salió la División entrando pronto en terreno arisco que se iba haciendo por instantes más difícil, pero con todas las precauciones que dicta el Reglamento de Campaña de aquellos tiempos respecto a vanguardias y flaqueos; las siluetas diminutas de los flanqueadores se destacaban del cielo azul al caminar por las crestas de las montañas.

Sorprendió mucho al prusiano que no se llevara más impedimenta que los mulos de municiones; “—¿Dónde llevan ustedes los artefactos de hacer el rancho?” Alguien le explicó el sistema empleado con éxito en la guerra civil; al soldado se le entregaba en plata el importe de su haber, de su rancho y del plus de campaña, en total una peseta por individuo, con la que tenía que hacer las tres comidas del día; como en el país no existía más moneda que papel, todo eran facilidades para comprar porque los campesinos se desvivían por el dinero contante y sonante; cada diez soldados formaban comandita, dos guisaban, dos hacían la compra y los demás en pago de este servicio se encargaban de limpiar a los cuatro las armas y el equipo; en la orden diaria de los Batallones se detallaban los precios de los víveres acostumbrados en el país para que los vendedores no abusaran; no deja de ser curioso que una gallina valía tres reales, un pavo bien cebado cinco reales, un jamón tres duros, un cordero cuatro pesetas, queso suizo a dos reales la libra y el

vino el cuartillo un real. Dicho queda con esto que la tropa comía como no lo había hecho en su vida.

Las marchas en verdad fueron muy malas, pero la gente del país era mucho peor que las marchas; tierra de bandidos montañeses, no merecía la confianza y el descuido peculiar a nuestros soldados; un cabo de Lusitania fué asesinado sin que se pudiese descubrir al autor o los autores del crimen; ello aleccionó algo a los demás que ya no salían de los alojamientos sin el cinturón con la bayoneta los Infantes, y el chafarote los jinetes, porque es de advertir que la Caballería marchaba por las montañas lo mismo que la Infantería, ya que por donde pasa un hombre pasa un caballo y por donde pasa un caballo pasa un Regimiento.

Iba de cronista en la expedición el escritor conocidísimo Gutiérrez de la Vega y alternaba con él el Auditor de Guerra, escritor también distinguidísimo Estébanez Calderón, que se habían constituido en Cicerones del General Prusiano, contagiado de literatura porque enviaba a la prensa de Berlín artículos poniendo por las nubes a la División española. Parecía admirable que después de marchas de seis y siete leguas por terrenos de montaña llegaran los soldados españoles a los pueblos o a los vivaques y las músicas y el baile les divertían en vez de descansar; como los pueblos eran muy pequeños se ocupaban varios o se acampaba alrededor del más grande. Al llegar a la ciudad de Nerola, bastante espaciosa, alojóse en ella Lersundi con su gente y acampó el resto al pie de una altísima montaña junto a un bosque; surgieron por encanto chozas de ramaje, chabolas y hasta barracones; la jornada había sido larga y penosa, así es que aquel anochecer no hubo música sino que cada mocho se fué a su olivo, mas en medio del sueño un trueno horrísono repercutido fragorosamente por los montes y los valles y un diluvio cayendo en masa sobre los campamentos, acompañado de furioso vendabal, se llevó volando los barracones, las chabolas y las chozas, por consiguiente la tropa quedó al desamparo, pero sin intranquilizarse, de modo que casi todos echáronse a dormir en los mismos charcos y a la hora de amanecer como la aurora les cogiese empapados, empezaron a gritar “—Diana con música” y se les complació; las charangas, tambores, clarines y cornetas saludaron alegres la salida del sol, a cuyos rayos de julio y al calor de las hogueras, penosamente encendidas, quedó seca la gente de aquel inesperado remojón.

De Nerola en adelante y acabado el terreno escabroso partía una hermosa calzada que pareció alfombra a los soldados, después de cinco días de andar a gatas los flanqueos y casi a gatas las columnas. En la ciudad de Rieti, término de la jornada, el vecindario se sorprendió muy gratamente porque esperaba a Garibaldi y en su lugar aparecía la División española; tuvieron que hacer desaparecer de las ventanas las Banderas tricolores y los gorros fríos lanzándose el pueblo a recibir a los soldados con una alegría de estruendo, pues el temor a recibir daños de los garibaldinos se convertía en esperanza de tranquilidad y de orden; ya estaban, pues, muy cerca del desfiladero de Tagliacozzo, desde cuyas crestas esperaban divisar los campamentos de Garibaldi. (Derrieti). Salieron hacia dicho desfiladero y todo lo más aprisa posible, tres batallones al mando del Brigadier Marqués de Casasola, enterándose en el camino de que Garibaldi a la aproximación de las tropas españolas se había internado en La Toscana y encontrándola ocupada por los austriacos y no atreviéndose a aguardar a la División española, había puesto quince leguas entre ella y los suyos, retrocediendo al poblado de Narni.

Tres días de descanso bien ganado en Rieti y marcha por el desfiladero a Terni para continuar de allí a Narni, de donde había noticias de que primeramente Garibaldi pensaba fortificar la población y hacerse fuerte para recibir a los españoles, pero que negándose muchos de sus voluntarios que



Infantería de la División expedicionaria española

se le habían incorporado recientemente desde Roma a combatir, habíase visto en la necesidad de licenciarlos. Tanto afán tenían los soldados españoles por verse las caras con los garibaldinos, que aquel trayecto lo recorrieron a tres cuartos de hora por legua, aunque el terreno no era completamente llano; en Rieti, capitalidad de La Sabina, a donde regresaron los españoles cerciorados de la evaporación de los garibaldinos, pasaron unos días encantadores; era ya una ciudad importante, histórica y rica, donde la División había encontrado una acogida triunfal; la oficialidad y la tropa obsequiadísimos en sus alojamientos pudieron reponerse completamente de las fatigas causadas por la montaña; las mujeres de Rieti tienen fama bien merecida de ser las más bellas de Italia; sin duda, por eso los romanos raptaron a las hermosas Sabinas en los principios de la fundación de Roma, acto muy disculpable y que de buena gana habrían repetido los soldados de la División expedicionaria.

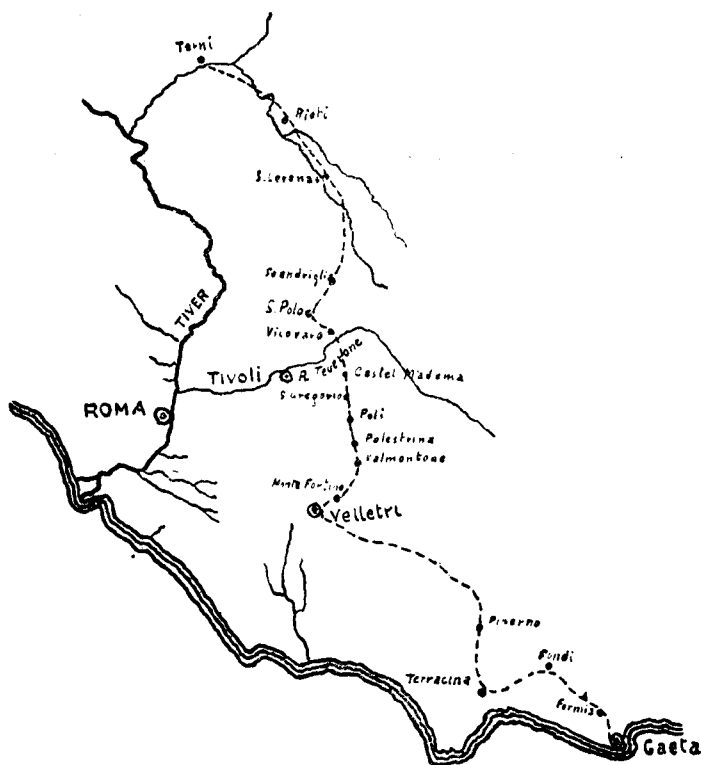
De Garibaldi se supo a ciencia cierta que habiéndole dicho que los españoles estaban en Rieti, no dió al principio crédito a la noticia por parecerle un imposible la marcha por las montañas Sabinas de diez mil hombres con Caballería y Artillería, pero que cuando se cercioró de la veracidad no lo dudó un momento, pues, según dijo, conocía a los soldados españoles por haberse batido contra ellos en Río de la Plata, al lado de los insurgentes, y los creía capaces de eso y mucho más.

De los franceses se supo que Oudinot había enviado a Gaeta, al Papa, las llaves de Roma, entrando en ella triunfalmente el Pontífice, y de Nápoles que el General Nuncio en persona, asustado todavía de la empresa realizada por los expedicionarios españoles había propuesto en nombre de su país al Consejo de Embajadores de Gaeta, que la División española quedara guarneciendo indefinidamente Roma y los Estados Pontificios.

Los días que pusieron término a la expedición se dedicaron a fiestas, banquetes, desfiles y simulacros de las fuerzas francesas, napolitanas y españolas, en los cuales la División superó con mucho en instrucción, policía y disciplina a las Divisiones extranjeras.

Bajas hubo muy pocas, algunos fallecidos de malaria en el Hospital de Terracina, dos despeñados con sus mulos en la montaña, un asesinato en Nerola y no porque los indígenas no intentasen que hubiese más, sino por el respeto que infundieron los españoles después del lance siguiente de un Corneta de Cazadores de Simancas. La población de Terni completamente diferente de la de Rieti, era garibaldina y sentía odio a los extranjeros y muy particularmente a los españoles; ya habían ocurrido riñas entre paisanos y militares por la eterna cuestión: las faldas; y como los paisanos deseasen satisfacer la antipatía que profesaban a los españoles, intentaron asesinar, desafiando antes a cinco Cazadores de dicho Batallón; salieronse estos a las afueras de la Ciudad a esperar a sus adversarios y vieron que en vez de cinco eran más de veinte; entonces ocultáronse cuatro tras los árboles de un hermoso paseo o alameda frondosísima donde solían pasear los Generales y grupos de Oficiales porque el paraje era delicioso.

De repente estos oyeron voces de pedir socorro en ita-



Plano de operaciones de la División expedicionaria española

liano y vieron venir dos paisanos conducidos por varios Cazadores y detrás de ellos un corneta, pequeño de estatura pero recio de cuerpo llamado José Montoro natural de Málaga; lo ocurrido fué que de los cinco soldados de Simancas cuatro se escondieron y el Corneta como anzuelo se dirigió solo al grupo de los paisanos que estaban al acecho; arrojáronse éstos sobre el Cazador puñal en mano y el español sin preferir un grito ni llamar a sus camaradas sacó una enorme navaja de las que llaman lengua de vaca y veloz como un rayo abrió el vientre a uno de los enemigos, partió el corazón a otro, rajó un brazo al tercero huyendo los restantes de los cuales solo dos pudieron apresar los Cazadores que se habían ocultado; quedó muerto sobre el campo el del navajazo en el corazón, murió mientras lo conducían el del brazo rajado por la pérdida de sangre y el herido en el vientre falleció al llegar al hospital. El suceso corrió por toda la comarca y se acabaron radicalmente las pendencias.

El resultado de la expedición no pudo ser más brillante y lisonjero; se repuso en el Solio Romano a Pío IX; Garibaldi huyó a América; la gentuza internacional abandonó también a Italia y los revolucionarios italianos dejaron para otra ocasión sus proyectos de despojar al Pontífice del poder temporal y establecer en la Península la República; la iniciativa del Gobierno español fué pues de la mayor eficacia y la campaña, realizada sin combatir, obligando por la maniobra a que el enemigo se disolviese, demostró que la doctrina militar de aquellas épocas no prescribía la destrucción del enemigo, sino reducirlo a la impotencia por medio de la estrategia y de la táctica.

General Bermúdez de Castro.

Dudosa actitud del Piamonte

Pío IX había huído a Gaeta; la revolución romana le había obligado a abandonar los Estados Pontificios y con sensación de destierro acogerse al pequeño puerto napolitano.

Mas el Papa no era solo un Soberano que se aparta de sus dominios; era algo más y muy trascendente, era el Jefe visible de la Iglesia de Cristo. Su persecución y su destierro no eran un acontecimiento de exclusiva política interior de un Estado, era al mismo tiempo una angustiosa ofensa inferida a tan augusta representación.

No es de extrañar pues la resonancia que tal acontecimiento tuvo. Las potencias católicas no podían por menos de sentirse directamente afectadas. Entre ellas, a la cabeza de las mismas, estaba España; y ésta, haciendo honor a su tradición católica, toma la iniciativa de proponer a las demás una acción conjunta para restablecer en su libertad y sus derechos al Pontífice.

Única y exclusivamente movida por ese ideal, España se dirige a los otros Estados exponiendo con sinceridad ese solo móvil de su actitud para solicitar, en idénticas circunstancias, su colaboración. Mas si noble y desinteresada fué la acción española, no puede decirse otro tanto de la correspondiente a otras naciones.

No entramos a detallar otros países por no salirnos del tema. Veamos en concreto la corte piamontesa, regida por la católica dinastía de Saboya, muy solícita del bien y tranquilidad del Santo Padre, pero a la vez muy interesada en otros proyectos incompatibles con la subsistencia de los Estados Pontificios, como vamos a ver al ocuparnos expresamente de ella.

Gobernaba en el Piamonte Carlos Alberto, Príncipe de Carignano, perteneciente a esta rama de la casa de Saboya, y fundador de la dinastía que hasta hace pocos meses reinara en Italia.

Según el historiador Cretineau-Joly, cuando menos en su juventud, estuvo afiliado a la secta de los "carbonarios". Príncipe sin corona en sus primeros tiempos, era una de las presas preferidas por las sectas; arteramente y con el señuelo de instaurarle en un trono, como luego sucediera, debió ser formado en los principios revolucionarios y liberales que aquellas trataban de difundir.

La agitación existente en todos los Estados de la península italiana tenía como norte la redención y unificación; exaltando entusiasmos patrióticos se conseguía mover multitudes con esa idea; de Cerdeña se había hecho el Santuario de la idea patria y a Carlos Alberto el héroe que la encarnaba.

Sea pues por propia formación, sea por fuerza de las circunstancias en virtud de esa representación sobre él recaída, el caso es que este monarca compartía ampliamente las ideas de la revolución unitaria.

Era su Ministro de Relaciones Extranjeras el abate Vicente Gioberti. Uno de los más exaltados idealistas de las ideas unificadoras. Político de amplias esencias liberales, entusiasta defensor de éstas, que en gran parte debía su puesto y ascendencia al apoyo de la Francia revolucionaria.

Juntamente con Mamiani y con Romeo, era autor del manifiesto a "Todos los pueblos de Italia", que empezaba con aquellas palabras:

"La Italia debe formar una sola nación; la unidad de costumbres, de lenguaje y de literatura; su posición geo-

gráfica que la separa del resto de Europa, deben, por un acontecimiento más o menos distante, reunir todos los Estados italianos bajo una sola bandera..."

Y en su obra titulada "El Jesuíta Moderno", completaba este pensamiento con la frase:

"La Península no puede ser una, fuerte y libre, si Roma, su centro y cabeza moral, no conquista derechos políticos".

Con un Rey movido por los sentimientos que dejamos expuestos y con un Ministro de Relaciones Extranjeras inspirado en tales principios, ¿qué sinceridad podría haber en los ofrecimientos de ayuda al desterrado Pontífice?

No obstante Carlos Alberto veía con inquieta incertidumbre los sucesos, que le movían a gran indecisión. Simpatizaba, como queda dicho, con la revolución, cuya bandera era la suya, simbolizada por la idea de redención patria; pero temía la república, que infiltrándose por el ejemplo y las excitaciones de Francia, amenazaba a todos los príncipes reinantes en la península y por lo tanto el solio de la casa de Saboya.

Sea como fuere, considerando a Roma la capital natural e histórica de la Italia unida con que soñaban, ante la coyuntura que les brindaba el propio pueblo romano al haber alejado el mayor obstáculo que, quizá, hubieran encontrado para la unificación, ya que estimando el fondo católico del pueblo no se hubieran atrevido a atacar directamente los derechos del Pontífice, no es de extrañar que vieran con, más o menos secreta simpatía los acontecimientos de aquella ciudad, y se sintieran muy poco dispuestos a colaborar en la reinstauración del Papa en el Gobierno romano.

Así, en un principio, Gioberti hace objeciones a la idea lanzada por España y reclama para Cerdeña, exclusivamente, el papel de mediadora en favor del desterrado Pontífice. Califica de ilícita una intervención armada, que posiblemente estima entorpecedora para sus aspiraciones, y expone en su respuesta de 6 de enero 1849:

"...en las circunstancias en que se encuentran, en general, los espíritus de Italia, y por lo tanto en los Estados Pontificios (1), una intervención de las potencias extranjeras arriba indicadas indispondría mucho los súbditos del Papa, y los alejaría de él, de manera que aun suponiendo que por este medio se obtuviera una reconciliación entre ellos, tendría un no sé qué de violento, y no podría menos de ser poco estable y de corta duración..."

¡Qué enternecedora solicitud por esos súbditos y por la eficacia de esa reconciliación, como él la llama!

La actitud de Gioberti no constituyó ninguna sorpresa acerca de la política que planteaba. Sus escritos sobre los destinos de Italia eran sobradamente conocidos; sus relaciones íntimas con Mamiani, que desempeñaba la cartera de Estado en el gobierno revolucionario que, de hecho, estaba constituido en Roma, le colocaban en primera línea entre los innovadores de la Península. Por otra parte las aspiraciones de Cerdeña de ponerse al frente del movimiento de unidad se habían desenmascarado lo bastante durante las últimas agitaciones, para que nadie pudiera tener dudas acerca de lo que el Piamonte pretendía.

Seis días después de la anterior respuesta, en nota del

(1) Puede apreciarse la sutileza con que se considera ya a éstos como una parte de Italia.

12 de enero, no se recata en los términos de sus expresiones al referirse a los acontecimientos romanos, lo que casi implica un reconocimiento "de facto" de la revolución allí triunfante, diciendo:

"Aunque el Gobierno de S. M. se resiste a creer que el "de S. M. Católica haya tomado determinación semejante, "sin haber antes recibido una contestación a la comunicación "que pasó hace pocos días, relativa a los medios de arreglar "las diferencias que se han suscitado entre el Santo Padre "y el Gobierno de Roma, no ha podido menos de dar alguna "fe a la existencia del proyecto de intervención de que se "trata. En este estado de cosas ha creído su deber llamar la "atención de las potencias de Europa sobre las graves com- "plicaciones que pudiera acarrear a la Italia la intervención "armada de una potencia extranjera, y el protestar por me- "dio de la nota, cuya copia va adjunta, dirigida a sus re- "presentantes en Turín..."

La nota a que en la anterior comunicación se hace refe- rencia, que por sí sola se comenta en orden a cuanto veni- mos exponiendo, reveladora de las sutilezas con que se de- fende la idea italiana, decía literalmente:

"Turín, 12 de enero de 1849.—Ha llegado la noticia, aun- "que no oficial, al Gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña, "de que se espera en breve en el puerto de Gaeta la llegada "de una Flotilla española, compuesta de siete buques y lle- "vando a bordo dos mil hombres de tropa de desembarco. "A estas fuerzas deben seguir, con corto intervalo, otro "cuerpo de ocho mil hombres. Según los informes recibidos "por el Gobierno del Rey, esta expedición tiene relación con "un proyecto de intervención armada de la España a favor "de Pío IX. Sin embargo, S. M. el Rey de Cerdeña, guiado "por sus sentimientos de religiosa y profunda simpatía ha- "cía el Soberano Pontífice, y por el vivo deseo de ver res- "tablecida entre Su Santidad y el Gobierno de Roma aque- "lla armonía tan necesaria al interés de la cristiandad y "a la tranquilidad de Italia (2), se ha apresurado a acoger "con respeto una prueba de confianza, cuya expresión ha "hallado en carta reciente del Santo Padre, y ha ofrecido "su mediación entre Su Santidad y el Gobierno de Roma "para conseguir este doble fin. Por otra parte el Ministro "de España en Turín ha comunicado hace pocos días al Go- "bierno del Rey una proposición que su Augusta Soberana "dirigía al propio tiempo a las principales potencias católicas "de Europa, sobre los medios de arreglar tan sensibles dife- "rencias, y el Gobierno del Rey ha contestado, con una con- "fianza y buena fe de las cuales su nota del 5 del corriente "presenta la prueba más inequívoca, exponiendo con toda "franqueza la idea de que, sin presentar los graves incon- "venientes que señalaba y que podía provocar el proyecto "de la corte de España, una mediación amistosa y concilia- "dora de las potencias católicas, cuyos representantes se "hallaban en Gaeta, obtendría igualmente el resultado ape- "tecido. De suerte que, antes de que esta contestación y la "de las potencias consultadas hubiese llegado a Madrid, el "Gobierno español, si la suposición de que se trata es veri- "dica, apartándose de todos los usos consagrados por las "relaciones internacionales, habría tomado la resolución de "intervenir; además, interín el Soberano Pontífice mismo ha- "cía cerca del Rey instancias a que S. M. ha contestado "con tanta lealtad y con la expresión de sentimientos tan "amistosos, se habría preferido la intervención armada de una "potencia extranjera, a las reiteradas ofertas de una media- "ción de un príncipe italiano, que tiene tanto interés en ase- "gurar pacíficamente el resultado favorable de aquélla. Ba- "jo este supuesto no puede ocultarse al Gobierno del Rey, "que la intervención armada de una potencia extranjera a

(2) Será mera coincidencia, será intencionada expresión, pero es de observar como siempre en todas las notas hace alusión al bien o perjuicio de Italia en general, y nunca al Piamonte en concreto, del que únicamente era gobernante.



Carlos Alberto

Príncipe de Carignano - Rey de Cerdeña

"la Italia, en las diferencias que existen entre el Papa y "el Gobierno de Roma, no podría menos de provocar graves "desórdenes y funestas consecuencias, no solamente para los "Estados Pontificios, sino para toda la Italia, y cree su de- "ber llamar la atención de las potencias extranjeras sobre "los peligros de que sería una causa inevitable, un elemento "más añadido a las complicaciones presentes. Al propio tiem- "po, y bien que no conozca oficialmente la realidad del pro- "yecto de intervención de que se trata, el infrascrito presi- "dente del Consejo, ministro secretario de Estado y de Ne- "gocios Extranjeros, fundándose en las graves consideracio- "nes que acaba de exponer, debe desde luego protestar, de "manera más formal, cerca de los Gobiernos extranjeros, "contra semejante intervención, si debe verificarse".

Nuestro representante en la corte de Turín, Bertrán de Lis, contestó al día siguiente con una extensa comunicación en la que admirablemente defendía y justificaba los derechos de España a intervenir protegiendo al Sumo Pontífice, a la par que salía al paso de la insinuación que se hace de violentar las normas internacionales interviniendo por sorpresa, pues simultáneamente a la propuesta enviada a todas las potencias católicas por el Gobierno español, se envió nota anunciando la salida de la aludida escuadra para Gaeta a fin de ponerse a las órdenes del Santo Padre.

Gioberti replica en comunicación del 15 de enero, acep- tando la base de que el Papa, como cabeza de la Iglesia, debía ser protegido por todas las naciones católicas, pero poniendo la restricción de que el ejercicio de ese derecho tocaba únicamente a los Gobiernos de Italia, a causa de la nacionalidad italiana.

Ello llevó al Ministro de España a negar la existencia de semejante nacionalidad, con grave contrariedad del anterior, alegando que los diversos Estados en que, a la sazón, se hallaba dividida Italia estaban regidos por Gobiernos independientes entre sí. Además sostenía que, siendo la dependen- cia que todos los pueblos católicos, tienen con el Papa, como cabeza de la Iglesia, la base de toda intervención en los Estados Pontificios, bajo este concepto, la España, como nación católica, no era más extranjera que el Piamonte, respecto a dichos Estados. Terminando por indicación de Madrid la controversia entablada.

Los acontecimientos no fueron a medida de los deseos de los gobernantes del Piamonte. Ante la llegada de las tropas imperiales austriacas, enviadas en socorro del Papa,

Francia, intrigante, a la par que realizaba la política dominadora de la familia a que pertenecía su Presidente, Luis Napoleón, a cuyo efecto decidió sacrificar como primera víctima en Italia a Carlos Alberto, decide llevar a cabo su intervención.

Amiga aparente, incitó los deseos de desquite de este monarca por las humillaciones anteriores recibidas de Austria. El primero de febrero, el Rey del Piamonte, en el Parlamento, hacía la oferta solemne de empuñar de nuevo las armas. En la defensa de su posición entre los intereses posibles y las aspiraciones forzosas, cayó Giberti de su puesto

de Ministro para ir a sepultarse en el olvido. Carlos Alberto se puso al frente de sus tropas siendo ampliamente derrotado por los austriacos en una sola batalla. Hubo de huir de la península. En nuestra patria, en la villa de Tolosa, abdicó la corona en su hijo Víctor Manuel, que habría de ser el realizador de la soñada unidad italiana. Marchó a Oporto y allí murió a poco, devorado por los recuerdos y pesares.

Mientras tanto las tropas francesas, tras de un primer revés, conquistaban la Ciudad Eterna y Pío IX era repuesto con todos los honores en el Gobierno de que fuera expoliado.

Fernando Serrano y Misas

Noticiario quincenal

La huella de Lutero condujo al comunismo, dice un orador mexicano

Ciudad de México, agosto 30 (NC.) — Con motivo del cuarto centenario de la muerte de Martín Lutero, se organizó en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe una serie de conferencias, dictadas por el canónigo Angel María Garibay, en las que analizó la vida y obras del reformador.

En la primera conferencia, el ilustre orador analizó la personalidad de Lutero y las causas materiales y psicológicas que impulsaron sus actos. "Todo hombre al morir —dijo el Padre Garibay— deja una huella buena o mala, y la que ha dejado el doctor, el monje, el apóstata, es causa de muchos de los males que afligen a la humanidad. El fallo sobre este hombre, conforme pasa el tiempo, va siendo más duro, aún entre sus mismos simpatizadores".

Martín Lutero buscó una cura a sus complejos, y la quiso procurar en la destrucción de lo indestructible: el pensamiento de la Iglesia Católica, la doctrina de Cristo, dijo el conferencista, quién hizo ver que el sistema luterano, "aunque no se quiera, conduce al laxismo moral" y "formula, primero, la anarquía en el campo de la ética; segundo, la anarquía en el orden social de la vida religiosa, y tercero, la anarquía en el orden del pensamiento religioso".

En la última conferencia, el Canónigo Garibay habló de la infiltración del pensamiento luterano en el mundo entero. "En el orden económico-político, Lutero es el preparador del liberalismo, de funestas consecuencias para el mundo moderno". El orador expuso la situación caótica que reinaba en Alemania y que dió fuerza a la propagación de las nuevas doctrinas del reformador, que dieron más tarde los resultados que el mundo entero ve. "Los cuatro siglos de desconcierto son la mejor crítica de esta obra".

El conferencista terminó diciendo que "en suma, todo lo que sea exaltación de la persona contra la comunidad, del individuo contra la sociedad, la anarquía de normas, el desprecio a los valores tradicionales, la destrucción de la autoridad sobre el individuo, tiene su origen en la exaltación de éste, que Lutero instituyó como base de vida".

"De rechazo, y por contraste, ha nacido la reacción comunista, que trata de imponer la masa sobre la persona y el todo sobre el individuo".

Ordénanse los primeros sacerdotes zulúes

Durbán, Natal, Africa Meridional, agosto 29 (NC.) — En presencia de 1.100 atentos espectadores, blancos, zulúes e indios, fueron ordenados en la Catedral de la tribu los dos

primeros sacerdotes zulúes, por el Excmo. Mons. Henry Delalle, O. M. I., Vicario Apostólico de Natal.

La mayoría de los asistentes recibieron la santa comunión de manos de los dos sacerdotes negros.

La Argentina cumple su promesa en honor de la Virgen de la Merced

Buenos Aires, agosto 3 (NC.) — El Presidente de la República General Juan Domingo Perón, impondrá la banda de Generala del Ejército Argentino a la imagen de Nuestra Señora de la Merced, que se venera en la Iglesia de Ensenada, según anunció el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.

Por medio de un decreto de septiembre de 1943, se honró con el grado de Generala a la Santísima Virgen María, bajo las invocaciones de Nuestra Señora del Carmen y de las Mercedes.

Auxiliase a los sacerdotes sin hogar en Alemania

Washington, agosto 30 (NC.) — Los Obispos alemanes organizaron una Oficina de Ayuda Eclesiástica (Kirchliche Hilfsstelle) para estudiar y resolver los problemas creados por la necesidad de sacerdotes y estudiantes de teología que han sido forzados a evacuar los distritos al este del país. Muchos sacerdotes han sido liberados de campos de concentración, pero no les ha sido permitido regresar a sus parroquias, por lo cual han quedado sin hogar. Para estos sacerdotes y para otros seminaristas sin hogar, la Oficina de Ayuda Eclesiástica planea el establecimiento de un seminario especial.

La avaricia, factor de la escasez de casas en EE. UU.

South Bend, Indiana, agosto 30 (NC.) — La médula del problema de la presente escasez de habitaciones, está en la ganancia inescrupulosa de los menos a expensas de los más, dijo Boris Shishkin, Secretario del Comité de la Habitación de la Federación Americana de Trabajo, a los delegados a la Conferencia de la Sociedad Nacional de Beneficencia Católica, que se reunieron en el Colegio de Santa María en esta ciudad.

El señor James G. Gent, del Departamento de Investigaciones de los Trabajadores Unidos del Acero de América (CIO) aseguró a los delegados, que la organización que él representaba "acuerpa enteramente a la organización católica" en su plan para mejorar la situación de la habitación.

“LECTURA”

REVISTA CRÍTICA DE IDEAS Y LIBROS

Director:

JESÚS GUISA Y ACEVEDO

Apartado n.º 545 Bolívar 23-4 MÉXICO D.F.

Semanario

MISION

REVISTA DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Número suelto 1 peseta

Precios de suscripción:

Anual . . . 45.— pesetas

Semestral. . 22.50 „

Trimestral . 11.25 „

Extranjero: 70, 35 y 17.50 Ptas.

Cruz, 1 - MADRID

“AMERICA”

A CATHOLIC REVIEW OF THE WEEK

(S E M A N A R I O C A T Ó L I C O)

Grand Central Terminal Bldg.,
70 E. 45 th.St.

NEW YORK 17, N.Y.

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá
